

"El Comercio"

27

CONFERENCIA

LEIDA POR EL

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD ANTROPOLÓGICA

Dr. Agustín Iturricha

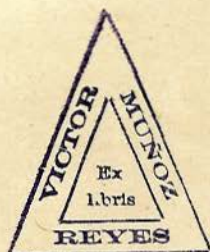
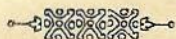
EN LA

SESION PUBLICA CELEBRADA EN SUCRE

Y

destinada á conmemorar el centenario

del 25 de mayo de 1809.



LA PAZ

IMPRESA «EL COMERCIO DE BOLIVIA»—LOAYZA 96

1909

1909/27



CONFRENCIA



CONFERENCIA

LEIDA POR EL PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD ANTROPOLÓGICA,

En la sesión pública dedicada al centenario del 25 de mayo de 1809

Excelentísimo señor presidente de la república:

Señores:

En estos momentos en que el calor patriótico de los hijos de la antigua Charcas irradia en vastas direcciones, iluminando con resplandores de incendio las legítimas glorias de Chuquisaca, no podemos prescindir de presentar nuestro homenaje, modesto y sincero, á la sublime epopeya del 25 de mayo, cuyos ecos resuenan, á través de un siglo, armoniosos y dulces, como los acordes de música celeste, como el amor de la madre que desborda en olas de ternura.

.....

Mientras todos los corazones se levantan palpitantes de gozo á celebrar el centenario del primer grito de libertad, hay una generación de hombres que yace aherrojada bajo los hierros de un calabozo, respirando el hálito del rencor, clamando venganza contra la vindicta social. La mirada recelosa y fría, el semblante ligeramente pálido por efecto de la anemia contraída en la reclusión carcelaria, la sensibilidad embotada y suspenso el sentimiento de la espontaneidad afectiva, esa generación de hombres forma un mundo que interesa estudiar, no para presentarla á los ojos de la civilización como un objeto de curiosidad, así como se exhiben especies zoológicas en las ferias ó en las exposiciones, sino para ver cómo puede llevarse el consuelo á esos espíritus endurecidos por el choque rudo de la desgracia, y cómo se puede levantar á las nociones de la dignidad y de la moral más pura á esas conciencias ó deprimidas por el remordimiento, ó enloquecidas por el dolor, ó turbadas por la influencia de pasiones violentas, ó sojuzgadas por el imperio de una inteligencia no desbastada por los rayos purísimos de la verdad y apenas salida de los bajos fondos de la animalidad, mostrándoles con los reflejos dorados de la esperanza las cimas de la verdad y del bien, con los méritos del trabajo y de la virtud.

«Es un espectáculo verdaderamente inaudito», dice Carpena con motivo del problema de la criminalidad, «que, en pleno siglo XX, á la vez que se elevan sobre la faz de la tierra, sublimada por el genio del hombre, la universidad, el museo, el laboratorio químico y bacteriológico, las antenas del telégrafo sin hilos y el observatorio astronómico—templo del alma donde la ciencia se asoma al infinito—tenga que alzarse el presidio, esa especie de AQUARIUM del mundo moral, poblado de organismos extraños en los cuales se descubren monstruosidades que espantan».

¡Organismos extraños! ¡Monstruosidades que espantan! He ahí las primeras frases que brotan de los labios de los científicos que asoman á las rejas de una prisión para contemplar, ¿á quienes? no á esos seres extraídos de las profundidades de las sel-

vas, ó encontrados en las entrañas de la tierra, para llenar las galerías de un museo, sino á hermanos nuestros.

La escuela materialista estudia, es verdad, al delincuente en concreto, el medio ambiente en que se desenvuelve, los accidentes anatómicos ó hereditarios que atrofiando su sentido moral, le arrastran á cometer acciones de consecuencias fatales é irremediables. Es cierto también que se aparta de la costumbre de considerar el delito en abstracto, diferenciándose por tal procedimiento de las generalizaciones irreflexivas de la escuela penal clásica. Pero el problema de la delincuencia no ha avanzado en el camino de la solución científica un solo paso, no avanzará más mientras en el estudio de los agentes de la acción delictuosa se continúe prescindiendo de ese elemento llamado alma, fuente única de las voliciones, el gran centro afectivo y causa de todas las manifestaciones intelectuales.

La ciencia materialista posee invenciones maravillosas para descubrir los procedimientos de la inteligencia en sus manifestaciones exteriores. No perdona medio, por macabro que parezca, para sorprender en el fondo mismo de la muerte los signos que acompañan á las últimas palpitaciones de la vida.

Procederá, como Velpeau, cogiendo la cabeza del desgraciado doctor que acabó sus días como los criminales de Bethune y separándola de la cuchilla fatal que cayó sobre el cuello, para decirle al oído: «Señor La Pommerais, ¿podéis en este instante bajar tres veces seguidas el párpado del ojo derecho y dejar abierto el izquierdo?» La experiencia terrífica respondió satisfactoriamente á la primera interrogación: el párpado derecho se cerró; el ojo izquierdo miraba con expresión intensa al atrevido investigador. Al segundo ruego, la faz mostró separadas las pestañas del ojo izquierdo, como si hubiera realizado un esfuerzo interno; pero el párpado no llegó á abrirse. Concluido el experimento, Velpeau devolvió al verdugo la cabeza del ajusticiado, rígida y fría.

Puede medir con el *estesiómetro* ó compás de Weber, la sensibilidad táctil. Con el *ergógrafo* de Mosso, la manera cómo nos fatigamos. Con el *optóscopo* de Schneller, la agudeza visual. Con el *dinamómetro*, la fuerza muscular. Con el *algómetro*, la dolorífica. A esas medidas se sujetan no sólo las sensaciones, sino también la memoria en sus diferentes categorías; esto es la memoria visual de los colores, de las longitudes, las formas, las distancias, la velocidad, la duración; la memoria de la audición musical, la táctil, la muscular y la verbal ó intelectual.

Construirá con Mosso el registrador psicológico, llamado también *pletismógrafo*, que sirve para medir el grado de las impresiones intelectuales. (1)

Pero hay más: se busca la medida para la asociación de imágenes, para la abstracción, el juicio, la observación y el razonamiento, comprobando el tiempo invertido en tales operaciones mentales con el cronómetro y haciendo después la suma de los errores.

(1) Un sujeto sometido á la experiencia, se ocupaba en traducir el griego y el latín: se notó que el nivel del líquido donde se hallaban inmersos el antebrazo y la mano, en el fondo del recipiente de vidrio del instrumento, bajaba más durante la traducción del griego. «Refiere el Dr. Letourneau, que estando sometido á una experiencia el mismo Dr. Mosso, su antebrazo disminuía de volumen cuando su antiguo profesor Luwing entraba en el laboratorio, á pesar de que las relaciones de ambos eran excelentes y de que la presencia de su maestro no producía en Mosso emoción alguna que él notase.»—«El maravilloso aparato se funda en un principio positivo y fecundo. Toda sensación, así como cualquier impresión moral y todo esfuerzo de voluntad ó de atención, va acompañado de una serie de contracciones de los vasos periféricos; siendo el grado de contracción proporcional al esfuerzo mental realizado *aun siendo para el sujeto apreciable* ó consciente. Es decir que existe continuamente en nosotros un influjo recíproco del pensamiento al cuerpo y del organismo á la psiquis.»

Las observaciones iniciadas por Moreau de Tours, seguidas y desarrolladas por Trousseau y Charcot, han sido enriquecidas por Fechner, Weber, Helmholtz, Ribot, Beaunis, Binet y otros, llevando á la psicología experimental el método de análisis que puede marcar el grado de la rapidez ó lentitud de las manifestaciones psíquicas, así como la riqueza ó miseria funcional del cerebro.

No satisfecha la ciencia materialista con los resultados de esa investigación, y temerosa de hallarse en falta, porque sospecha la existencia de aquello mismo que niega insistentemente, pues sus procedimientos no revelan sino una parte infinitesimal del ser pensante y eso en su aspecto superficial, ha llevado sus tentativas de observación indirecta pretendiendo traspasar el umbral de la muerte, pero sin hallarse munida del bagaje necesario para transponerlo debidamente. Es el médico de Montbrisson, que va á buscar á una hipnotizada para obligarla á concurrir desde su morada, y en estado sonambúlico, á la ejecución de Ravachol. Dice el médico de Montbrisson: «Yo sabía que la ejecución debía tener lugar á las 6 a. m. La hipnoticé á eso de las 5 y 50 y la ordené que mirara hacia la plaza *Saint Jean*, en donde, como ya he dicho, se había levantado el palco mortuorio y de observar bien lo que allí sucediera.....Mi sonámbula permaneció muda por algunos instantes y con la cara manifestando asombro. Yo insistí en la sugestión.—¿No ves nada?—Sí, contestó, oh! cuánta gente hay alrededor de ese palco.....los soldados alejan á las mujeres....á los muchachos... Ay!.....y aquí la sonámbula dió un grito.—¿Qué hay? le pregunté.—Nada, nada.....poco faltó que un niño fuera atropellado por el caballo de un gendarme.....lo han levantado.....llora.....no se ha lastimado. Ella me refirió así hasta los menores detalles de lo que sucedía. Ví, por su intermedio, adelantarse el fúnebre cortejo. Ravachol con la cabeza alta mirando á la multitud con aire despreciativo, lo ví subir al palco, hasta las últimas palabras ella oyó y me las quiso repetir. Finalmente, después de un grito, un grito terrible, ella vió rodar la cabeza por el suelo, vió la turba

embriagada buscar la sangre del desgraciado Ravachol, mientras los lineamientos de la cabeza truncada se retorcerían en horribles visajes.—¿Qué piensa? pregunté ansioso, observa, dímelo.....—No puedo.—Fíjate! le mandé.—Ella se fijó.—El cuerpo.....él busca el cuerpo.....La revolución.....la dinamita.....oh! cuántos pensamientos.....es imposible reproducirlos todos!.....No puedo, no puedo, repitió y se despertó.—Se ve pues que el cerebro piensa, y si piensa siente dolor. ¿Por qué mi sonámbula no quiso y no pudo seguir más el curso de esos pensamientos? Fuerza es suponer que debían ser bien terribles si fueran capaces de hacerla reaccionar al punto de despertarla.» Así habla el Dr. de Montbrisson.

Las experiencias relatadas y otras infinitas, que llenan los infolios escritos por los sabios, ¿dan á conocer íntegra la personalidad del yo de los individuos puestos en observación? Demuestran que éstos pueden ser clasificados como monstruos? Y que los crímenes por ellos perpetrados son obra del medio ambiente, de la herencia, de otros influjos físicos y no de su voluntad?

Para dar respuesta á tales problemas y señalar con precisión las causas del delito, se hace necesario estudiar al delincuente, allí, en las profundidades de su psiquis, con ayuda ó la intervención de otros medios, pues que los empleados por los sabios son sumamente deficientes.

Esto no es decir que la ciencia sea impotente, sino que los que hacen profesión de fe científica; rehusan asentir á otras conclusiones que las que sugieren los recursos por ellos adoptados y desdeñan dar carta de ciudadanía á otros métodos, que son considerados como pueriles ó extravagantes.

Sin embargo de tan olímpico desdén, un examen atento de las conclusiones dadas como irrecusables por los sabios, revela que ellas están basadas en observaciones muy superficiales y por tanto vulnerables.

Allá van dos comprobantes.

Es un antropólogo que obtiene permiso para ser introducido en una prisión. El del número tantos

es consultado momentos antes, por el mayordomo del establecimiento, para consentir en la visita.—¿Y qué objeto se propone esa eminencia impertinente?—Nada, sino interrogar acerca de las condiciones morales de cada procesado, estudiar las causas y antecedentes de su acción, para escribir un libro que tiene en proyecto.—Ah! se trata de examinar á cada uno de nosotros como á mulos de feria. Nos abrirá la boca para ver si no hemos perdido la muela del juicio y amontonar necesidades como otros tantos postulados científicos. Pues bien: que pase, pero no sabrá nada por mí. Si me place le contaré una historia. Ya sabrá en su sabiduría como componérselas.....

El investigador no carece de tino. Conversa con el reo haciendo derroche de sagacidad. Le interroga sobre su familia, sus condiciones de fortuna, sus hábitos, inclinaciones é ideas. Concluye obteniendo del paciente una copia fotográfica.

Pocos meses después circulaba un voluminoso libro, con numerosos retratos, dando cuenta del resultado de sus investigaciones. En el infolio se consignaba la relación del delito, la de los antecedentes personales y hereditarios del reo número tantos. Decía de él, que era fuerte y musculoso, de frente estrecha y por consiguiente de inteligencia limitadísima; de mirada recelosa y huraña; que acusaba sensibilidad moral escasísima, pues que al nombrarle á sus padres, á su mujer y á sus hijos, no reveló ni la más pequeña emoción. Hablando de sus ascendientes, refería que todos habían sido criminales, unos alcohólicos y otros impulsivos..... Pero la verdad es que el retrato no correspondía al héroe de tan extraña novela, por que el reo en cuestión estaba dotado de inteligencia poco común, y en materia de sensibilidad moral, la poseía exquisita, exteriorizándola con los suyos, á quienes amaba con infinita ternura, y con sus amigos, de los cuales era apreciado muy sinceramente. Pocos días antes de la inolvidable visita, había dirigido á su familia ausente cartas llenas de consejos de saludable moral, y para sus hijos, excelentes enseñanzas de conocimientos útiles en ciencias y artes manuales. Por lo que hace

á las influencias hereditarias, el reo había satisfecho su deseo de burlarse del sabio refiriéndole anécdotas forjadas en su imaginación.

El segundo caso se refiere al eminente Lombroso. Hace diez y siete años publicó aquel científico su obra titulada: «La donna delinquente».— ¿Qué documentos contenía ella? Oíase lo que dice una revista contemporánea: «Para la documentación ocurrió á Mr. Bertillón, jefe del servicio antropométrico de París, en demanda de fotografías de mujeres tomadas en su oficina. Como Mr. Bertillón no pudiese disponer personalmente de ellas, le contestó aconsejándole dirigirse al jefe de policía por intermedio del embajador de Italia. Algunos meses después, Mr. Bertillón recibe una misiva del príncipe Roland Bonaparte, solicitando algunas fotografías de mujeres, para hacer estudios antropométricos. Mr. Bertillón poseía veinte fotografías de señoritas empleadas como vendedoras en la gran casa «Las cuatro estaciones», cuyos retratos fueron enviados á su destino. Es de advertir que estas señoritas poseían un certificado de honradez y moralidad extendido después de minuciosos informes recogidos por la misma policía de investigaciones. Júzguese de la sorpresa de Mr. Bertillón cuando se encontró con las veinte fotografías aludidas en la obra de Lombroso, y juzgados sus originales vivientes peor que los ciclistas del estudio, antes mencionados. Unas contenían en las circunvoluciones de su cerebro la tendencia al asesinato; otras eran futuras envenenadoras; á éstas les predijo el robo; á las otras la prostitución, etc., etc. Una sola, de las veinte, se salvó, y fué clasificada por el sabio, como *donna normal*.»

La orientación de la escuela criminalológica positivista, ha perdido con semejantes conclusiones arbitrarias los rumbos que parecían imprimirle los estudios al parecer basados en la ciencia experimental. El fracaso de las construcciones teóricas de los jefes de la nueva escuela, ha impuesto la convicción de que los cultores de la ciencia criminalológica no tienen motivos para estar orgullosos de unos estudios que llevan el sello de la más

injustificada precipitación. De acuerdo con lo que hoy se denomina la *tercera escuela*, á cuya cabeza se han colocado Carnevale, Alimena, Magri y otros, se pide por un gran número de sabios una revisión crítica de los primeros estudios de antropólogos y sociólogos, que hasta el momento están profundamente divididos acerca del concepto del delincuente y acerca de la noción del delito.

No bastará que la tendencia pronunciadamente ecléctica que inspiran los nuevos estudios, especialice, por el fenómeno de la división del trabajo, las varias teorías que se han repartido el campo de las actividades científicas: es preciso que los prejuicios que descartan el alma, reaccionen en un método de positiva investigación, á fin de que la verdad sea la expresión de la naturaleza y se destaque muy por encima de las interpretaciones antojadizas ó prematuras.

Está bien que la antropología se preocupe solamente con la investigación del factor individual; causa del crimen; que la sociología se ocupe en el delito y la pena como fenómeno social; y que la *aplicación jurídica* determine la constitución de una tercera disciplina científica. Pero esto no armonizará la divergencia que existe en lo fundamental de los conceptos.

En antropología, para Garofalo, el factor individual es psicológico: consiste en una *anomalía del sentido moral*. Para Lombroso, Sergi, Colajanni y Ferrero, el factor es la organización anatómica, ó el mecanismo y funcionamiento fisiológico: es para Lombroso el *atavismo* ó la epilepsia; para Maudsley, la *locura moral*; para Magnan, Ferré, Dellamagne, la *degeneración*; para Benedikt, la *neurastenia*; para Marro, la *falta de nutrición del sistema nervioso central*.

En sociología, el factor social se diversifica de idéntica manera. Para Colajanni, Turati, Loría, es la *miseria económica*; para Joly, la *irreligión*; para Guenoud, la *ignorancia*; para Guillot, la *inmoralidad de las costumbres*; para Tarde, las *influencias sociales muy complejas*.

Los anteriores conceptos se modifican según el genio de los sabios que los desenvuelven. El *ata-*

vismo es prehumano en Sergi; *humano* y á la vez *psíquico y orgánico*, en Lombroso; puramente *psíquico*, en Colajanni; por *equivalentes*, en Ferrero.

La herencia, modo principalísimo, según la escuela criminalológica, de transmisión del delito, tiene á su lado el *contagio*, que, con Pablo Aubry, es un producto de psicología morbosa, siendo sus principales términos la sugestión y la imitación.

Todos estos estudios ¿serán, bajo el aspecto jurídico, la oración fúnebre del derecho penal? Y bajo el aspecto psicológico, ¿habrán suscitado la decapitación del libre albedrío? Muchos tratadistas lo han afirmado sin escrúpulo alguno.

Sin embargo de todo eso, se producen hechos que el moralista y el psicólogo están obligados á estudiar, porque revelan todo un mundo nuevo de sensaciones y de ideas; porque presentan en acción leyes naturales insospechadas, destinos de seres no previstos, armonías infinitas, vidas y existencias que acreditan una previsión y una sabiduría indefinibles.

Interrogando en lo íntimo de las veladas de un centro de estudios á los seres que fueron y que no cesan de protegernos con su amor, se sabe que vivieron otras veces y que el relato de una existencia en este mundo, no es sino un episodio de la historia eterna del alma.

Si el espíritu ha vivido siempre, sus acciones del presente tienen que ser necesaria é irreductiblemente el reflejo de las del pasado: malas y delictuosas, si la experiencia del dolor no ha sacudido las asperezas de una organización esbozada, allá, en los lindes de la animalidad; buenas y meritorias, si el progreso obtenido en las constantes luchas por el bien, ha ensanchado las vías de una ascensión incontenible hacia las altas cimas de la virtud suprema.

En medio de las angustias de la situación producida por un homicidio, que llenó de hondo duelo á un pueblo entero, se hubo de recurrir á la conversación de ultratumba. Estaba ahí, para responder, el padre del homicida—;Estuvistéis á

lado de vuestro hijo en el momento en que se consumaba el atentado?—Siempre estamos á lado de los desgraciados, dispuestos á prestarles el apoyo que requiere el desfallecimiento de la voluntad.— Y bien: ¿por qué no impedisteis que la acción criminalosa se llevara á cabo? Si vuestra misión es procurar el bien, debiais ahorrar la ejecución de un mal.—No sábeis lo que exigís. El tenía la responsabilidad de sus acciones, porque obraba con la plenitud de su libre albedrío. Ningún mérito habría conseguido si un auxilio extraño le hubiese apartado del crimen. Debéis saber que en una existencia anterior, se encontró en situación análoga y pidió vivir en la presente sujeto á una prueba, para demostrar que su voluntad moral se hallaba más robustecida. Desgraciadamente sucumbió en la prueba.....

Ante una investigación de esta especie, pueden levantarse la protesta ó la burla. Pero no tememos ni una ni otra. La verdad tiene para nosotros más imperio. La necedad humana rió por mucho tiempo de la danza de las ranas; sin embargo, de ella ha emanado el flúido que ilumina con los destellos del relámpago nuestras ciudades y arrastra los más pesados convoyes á través de los llanos y de las más empinadas cumbres. Así surgirá radiosa la verdad de mañana, cuando la fe en otros destinos y la conciencia de más altos deberes, eche abajo el velo que cubre al espíritu y le muestre los derroteros que conducen á la posesión del nuevo continente, donde resplandecen infinitos soles y brillan astros que alumbran el camino que conduce á vías más perfectas.

Meditad un momento sobre esa nueva faz del problema antropológico. Se nos dice que el crimen de hoy debe tener antecedentes en las acciones de una otra existencia. Y bien: ¿habrá vivido el hombre otras veces? ¿O ha caído como la piedra lanzada de lo alto de la montaña? O es él quien labra su dicha luchando contra las influencias del vicio y del mal y teje con propia mano la corona de su redención?

Ante este modo de encarar las cuestiones concernientes á la ciencia criminalógica, los factores

del atavismo, las anomalías del *sentido* psíquico [?], ó el mecanismo ó funcionamiento fisiológico ideado por los antropólogos, resultan algo más que pueriles. Es como si para explicar las causas del movimiento vertiginoso de los trenes arrastrados por el vapor, se mostrase la estructura de los wagones, recomendando la finura de las artes mecánicas que las han hecho confortables.

En cierto día amanecieron muertas tres hermanas, cuya vida se había deslizado silenciosa y triste, perseguidas por la adversidad de la fortuna. Se suicidaron cansadas de llevar una existencia llena de penalidades, pues el crack del Panamá las había empobrecido. La sociología criminológica habría explicado este atentado, con Colajanni, Turati, Loría y otros atribuyéndolo á la miseria económica. Interrogados los habitantes del espacio, respondieron que las suicidas habían sido en existencia anterior tres misioneros religiosos, que abusaron de su autoridad y llevaron el deshonor á una familia honrada, que fundara su dicha en la paz y el amor; y no contentos con la obra de sus instintos bestiales, arrastraron al cadalso al jefe de la familia inventando la fábula de una prevaricación religiosa. El suicidio no fué un mero accidente, sino la obra del espíritu sacrificado por la sensualidad de los misioneros á quienes juró odio eterno, y que para llevar á cabo su plan de venganza, inspiró á las hermanas las ideas más sombrías, aislándolas de toda sociedad y de todo afecto con sus consejos deslizados al oído y cuando las hubo considerado suficientemente preparadas, las empujó al crimen, gozándose en su obra y dispuesto á proseguir su tarea hasta cobrar el último maravedí del agravio que le infirieran aquellos que le habían hecho inmensamente desgraciado.

La antropología y la sociología criminales, no han pensado nunca en que la continuidad de la vida del espíritu pudiera ofrecer un mundo nuevo abierto á sus investigaciones. No han sospechado que en el más allá se desenvuelven escenas y dramas reveladores de la voluntad y de la libertad de los seres. Que en ese mundo continúa viviendo

el espíritu su vida de impresiones y pensando como pensó en su existencia corporal, hasta el momento en que nuevas ideas y nuevas perspectivas, sacudiendo el letargo de su conciencia, le impulsan á seguir otros derroteros para llegar á las alturas donde resplandecen la justicia y la verdad supremas.

Para explicar con todos sus motivos y antecedentes las causas del delito, es necesario pues que la ciencia abra sus ojos y sumerja su mirada en las profundidades del pasado del espíritu, que es el libro de la vida cuyas páginas están llenas de sabias enseñanzas y de útiles ejemplos para conducir á la humanidad por mejores rumbos.

Las afirmaciones teóricas de Lombroso y sus parciales, acerca del tipo humano clasificado como *criminal nato*, las divagaciones de Ferri sobre los *delinquentes locos*; la especificación ecléctica ó la zona intermedia de Maudsley, inventada para estudiar á los criminales que no están completamente enfermos, ni totalmente sanos; son prejuicios extraños á la verdadera naturaleza de las cosas. El criminal de ayer, es el justo de mañana. El progreso moral de los espíritus es una ley inexorable y fatal: nadie puede sustraerse á su imperio. El que dió ejemplos de criminalidad espantosa en un pasado remoto, en el curso de los siglos constituirá el tipo de la caridad y del amor. El salvaje de la noche de los tiempos, llegará á ser, á través de innumerables existencias, el ángel de las concepciones religiosas.

¿Cual es, bajo esta faz del problema, la teoría represiva, ó la función penal? La mayor parte de los antropólogos, considerando á la sociedad como un organismo, ven en la función penal un momento del proceso psíquico y sensorial de la sociedad. Y como el mismo proceso que sigue la acción refleja y la acción consciente del hombre y de los animales, tiende á la eliminación de todos los elementos que les dañan, el delincuente debe ser herido en su vida, (*pena de muerte*), ó segregado de la sociedad (*reclusión perpetua*.)

En el congreso internacional de antropología reunido en Roma el año 1885, uno de los delega-

dos habló en nombre de la ciencia y proclamó la necesidad de la pena de muerte. Otro de entre los congresistas pidió que se aprobara esta orden del día: «Considerando que el movimiento evolutivo procede por medio de la selección, y que la pena de muerte representa precisamente la eliminación del cuerpo social de los criminales *vulgares* (ahora ya no es el *tipo asesino* privado, etc.) no susceptibles de adaptación á la vida social, se declara que esta pena es conforme á los principios de las ciencias naturales y antropológicas.»

«Benedikt se opuso. Replicó muy atinadamente que la pena capital no guarda relación alguna con la idea de la evolución. El congreso votó por mayoría, que la cuestión no podía ser discutida por no estar propuesta en el cuestionario.»

En Francia, después de algunos años de abstinencia, la guillotina ha vuelto á beber sangre. Mr. Fallières había suspendido toda ejecución, por sentimientos de humanidad. Los más grandes criminales salían deportados á la Guayana, donde, según las estadísticas, se sentían más á gusto que en la prisión, habiendo llegado el caso de que los reclusos en las prisiones centrales asesinaron á sus guardianes, para tener el gusto de sufrir una nueva condena y ser deportados á la Guayana.

La deportación producía á los criminales grandes ventajas. Como el clima es sano y los deportados estaban exonerados de todo trabajo, se paseaban al sol fumando sus cigarrillos. Otros recibían empleos. En la isla de la Salut, el asesino Brierre, que mató á sus cinco hijos á azadonazos, es terraplenero. Hubac que envenenó á un exjefe de batallón, su bienhechor, es farmacéutico. Los dos célebres capaches Manda y Lecca, son enfermeros. El odioso Solelland, trabaja en un lavadero.

En vez de disminuir la criminalidad, ha aumentado. En 1901, la Francia contó 795 asesinatos; en 1905 llegó á 1313, en 1907 á 1494. Parece que en 1908 la cifra aun es más considerable.

Los estadísticos señalan como causa principal de ese aumento, la supresión de hecho de la pena de muerte.

La cámara francesa, no respetó los escrúpulos de Fallières y puso al voto la proposición inoportuna de abolir la pena de muerte, que resultó aplazada. En vista del voto legislativo, y de la formidable presión de la opinión pública, el presidente ha dejado que la justicia siga su curso. Cuatro asesinos han sido guillotinado en una sola mañana en la ciudad de Bethune, con la concurrencia de un público numeroso, que al pie del cadalso gritaba contra los asesinos: «¡Mueran!»

La prensa, casi con rara uniformidad, decía que los criminales no valen más que los perros rabiosos y que la mayor parte aun valen menos; agregaba que la pena de muerte tiene dos utilidades: sirve, ante todo, para suprimir miserables y, además, para imponer, por el temor de semejante castigo, alguna reserva á las personas que atacan nuestra vida y nuestro bolsillo.

Contra los abolicionistas se recordaba la célebre frase de Alfonso Karr: «Estoy por la abolición de la pena de muerte, con tal que los señores asesinos comiencen por abolirla.»

La tesis abolicionista encontró un defensor sublime. Victor Hugo derramó en su libro: «Ultimo día un condenado á muerte,» los más bellos rayos de su elocuencia. Deslumbró, fascinó. Pero la ciencia exigente, pidió el examen de la fría é impériora razón y declaró que no bastaba ser patético ni elocuente para resolver el problema. Cuando el sentimiento hizo desbordar las ideas en favor de los delincuentes, para quienes se pidió el presidio con todos los elementos de la regeneración moral, de modo que aquéllos pudieran transformarse en seres útiles á la sociedad; el frío egoísmo de algunos científicos respondió, que la regeneración moral de un delincuente tiene por base la regeneración de su cerebro, y como éste no puede modificarse histológicamente, la cuestión estaba resuelta en sentido negativo.

Es evidente, señores, que ciertos hombres constituyen un verdadero peligro, y cediendo á la

influencia de las observaciones corrientes, debería llegarse á la conclusión de que una sociedad bien reglamentada, por el deber que tiene de evitar el mal que perjudica al individuo ó á la colectividad, ejercita un derecho perfecto al suprimir ese peligro y al castigar ese mal.

¿Pero el científico que así razona, está seguro de haber hecho desaparecer el peligro suprimiendo al delincuente? Muy lejos de eso. Las observaciones, fruto de un otro género de estudios experimentales, demuestran que el espíritu sobrevive á la disgregación del cuerpo y que continúa, allí, en el mundo de los extraterrenos, pensando y obrando con sus mismos juicios y su misma voluntad, pues la privación de una mera cubierta material no le ha cambiado su naturaleza.

La pena de muerte, si ha suprimido el puñal del asesino, creyendo libertar á la sociedad de un grave daño, no ha hecho más que cambiar el género del peligro, agravándolo de un modo que imposibilita la defensa.

El asesino, convertido en ser intangible y tan libre como el viento que sopla aún en lo más recóndito, no temerá las sorpresas de los guardianes del orden público, ni los procedimientos de la justicia. Envuelto en las sombras del misterio, deslizará al oído de sus enemigos vivientes los consejos más pérfidos. Quizás por su acción invisible se desviará la ternura de un padre en odio salvaje; el amor de una esposa en ferocidad bestial, y el dulce sentimiento de la amistad en cobarde y baja traición; y quizás muchos libros en blanco de la historia de hombres que comenzaron con provecho los primeros ensayos de la virtud, lleguen á la tarde de la vida con páginas manchadas con sangre humana, ó con la relación de vicios nefandos.

Y esa acción será constante si no la modifica una enseñanza moral edificante; y dañará no sólo á los que han tenido la desgracia de provocar esas venganzas como causantes del delito, ó como responsables de la aplicación de la ley humana, sino también á todos los hombres, aun los más ino-

fensivos, si no tienen la coraza de la virtud, única contra la cual no prevalecen los embates del mal.

La prisión perpetua no responde tampoco al ideal. El penado que no tiene ante su conciencia ningún sentimiento que contrarreste el peso de sus remordimientos, ninguna idea que le abra el horizonte de su rehabilitación, permanecerá hasta el fin de sus días cerrado en las densas sombras del odio y de la cólera. Y después de su muerte, no tendrá más bagaje para el otro mundo que sus resentimientos y sus dolorosos recuerdos, reagrabados con una pena que no le rehabilitó ante su propia conciencia; y obrará ni más ni menos que aquel á quien se arrebató la existencia en el caldoso.

No queda pues otro recurso que la regeneración moral, que no cambiará indudablemente el cerebro, pero transformará al ser pensante. El conocimiento de las responsabilidades futuras con la persistencia del alma á través de la tumba, y la noción del bien, inspirada en los elevados sentimientos del amor y de la justicia, dictados por la moral más pura emanada del espiritualismo moderno, ha convertido á muchos seres criminales en individuos honrados, virtuosos y útiles. Lo comprueba la estadística carcelaria.

Felizmente cuenta la sociedad moderna con poderosos medios educativos. Si á ellos se agrega la enseñanza práctica de aquella moral, la criminalidad desaparecerá.

Un pensador vigoroso decía no hace muchos días á los universitarios: «Dejad de teorizar y ocupáos en estudiar cuestiones que produzcan resultados prácticos;» y agregaba: «vigorizad el músculo, para levantar el organismo y mejorar la raza que se quebranta.»

De acuerdo con ese consejo, os presento como homenaje á la fecha gloriosa, una solución al más arduo de los problemas, que remueve á la sociedad en sus fundamentos. Si ella no persuade, invita á un estudio. Pero no pienso que la última expresión del consejo se deba tomar literalmente. Por vigorizar el músculo debéis entender la educación de la voluntad, la elevación de los sentimientos

del alma, y la vigorización del entendimiento, de modo que se pueda practicar el bien y se pueda amar la verdad, con la energía y la virilidad de quienes se sienten poseídos de la fuerza que puede transportar las montañas. El músculo no es más que el instrumento para la acción, análogo al vestido destinado á una función en la economía individual.

Eduquemos, pues, á nuestra raza en los estímulos del trabajo, en las inspiraciones de la virtud y en las enseñanzas de la ciencia: así llegaremos á ser grandes porque seremos fuertes.

Sucre, 29 de mayo de 1909.

A. Ituricha.

